

# «¿Qué es la historia del medio ambiente?»

Joachím Radkau \*

A todo aquel que haya vivido conscientemente los dos últimos decenios, las palabras *medio ambiente* le despiertan un sinfín de asociaciones. También el proyecto *historia del medio ambiente* es un incentivo para programas ambiciosos de ámbito global, parecidos al proyecto *política de medio ambiente*. Si uno da rienda suelta a su imaginación<sup>1</sup> sueña con una nueva forma sensible de historia total: con una historia en la que se pueda disfrutar del susurro de los bosques, el murmullo de los arrollos y en la que se puedan respirar fragancias florales; una historia de un alcance inmenso que al mismo tiempo garantice una sensación nueva de seguridad en el mundo. Arnold Toynbee, que hace tiempo confesara su relación maternal con la historia<sup>1</sup>, concibió, como ser octogenario, con «Humanidad y Madre Tierra», una gran historia verde. Algo parecido intentó, antes que él, Lewis Mumford, de setenta años, con el «Mito de la Máquina». Ya en 1946, Fernand Brandel comenzó el prólogo a su grandiosa obra sobre el mundo mediterráneo en el siglo XVI con la declaración de que amaba el Mediterráneo apasionadamente; que agradecía a este estudio muchas satisfacciones y que esperaba «que las páginas del libro irradian un poco de esa alegría y mucha luz solar mediterránea»<sup>2</sup>. Con

---

\* Joachim Radkan es profesor de Historia en la Universidad de Bielefeld (Alemania).

<sup>1</sup> MAZLISH, BRUCE: *The Riddle of History*, Nueva York-Londres, 1966, p. 353.

<sup>2</sup> BRAUDEL, FERNAND: *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philipp II*, Londres, 1972, 1, p. 17.

la historia del medio ambiente parece que se cumple un viejo sueño de la historiografía -finalmente liberado de los mecanismos de represión- que se reveló en la jerga *desarrollista* orgánica del siglo XIX. Yo mismo tengo que admitir abiertamente que ese sueño tiene una misteriosa influencia sobre mí y que lo he soñado más de una vez. Entretanto, tengo mis dudas de si es bueno querer realizarlo directamente o con excesiva rapidez. Justo cuanto más juega uno con su imaginación, realizando vuelos de altura globales o incluso interestelares con excesiva ligereza, tanto menos se alcanza. Este peligro existe en todo el movimiento ecologista y también en la investigación ecológica histórica. Las palabras altisonantes nunca faltan, pero los progresos realmente conseguidos en las discusiones y en las investigaciones son significativamente pocos y, en toda la abundancia de temas abigarrados, uno tiene la impresión de que siempre llueve sobre mojado. En este sentido, quisiéramos apuntar algunas consideraciones a propósito de nueve puntos clave.

1. *¿Qué hacer?* Precisamente porque el tema del *medio ambiente* provoca un difuso aluvión de palabras y el peligro de una gran desbandada de ideas es enorme, de lo que se trata es de ordenar, concentrar y disciplinar las ideas una y otra vez. Esto significa no sólo pensar acerca de lo que podría significar, en un futuro cualquiera, la historia del medio ambiente, sino también acerca de lo que hay que hacer en el presente; qué tipo de tareas son primordiales y qué metas se pueden alcanzar en un plazo previsible.

La historia del medio ambiente sólo podrá conseguir una cierta solidez cuando encuentre una amplia base en las nuevas generaciones científicas. Para ello, tiene que ofrecer atractivos temas de disertación que no se pierdan en lo interminable, ni se queden en una mera historia local. ¿Cómo podría ser este tipo de temas?; esta pregunta necesita un intercambio de ideas y de experiencias de investigación; un acoplarse aquí y allí entre proyectos teóricos y documentos existentes. Urgente es asimismo una discusión sobre dónde reside o podría residir lo específico de la investigación mediambiental. Un simple informe sobre un conflicto acerca de la utilización de cualquier cauce de un río o arroyo, sigue sin ser historia del medio ambiente. Hay que enlazar todos y cada uno de los resultados de las investigaciones e identificar incongruencias y contradicciones; temas de discusión y controversias. ¿Fue la gran época de los movimientos por

la higiene en torno a principios de siglo, visto desde el punto de vista ecológico, una época de soluciones aparentes o inicios prometedores?; ¿fue la Primera Guerra Mundial, desde la perspectiva de la historia ecológica, una gran catástrofe o, por el contrario, la necesidad de ahorro supuso un impulso positivo?; ¿fue la ideología de sangre y suelo un simple enredo o fue en parte una reflexión sobre la auténtica conciencia medioambiental? Aclarar todas estas cuestiones no es fácil. Quizá lo más importante sea desarrollar un método y un estilo comunicativo, para poder discutir racionalmente perspectivas diferentes. Para que la investigación histórica medioambiental no describa solamente círculos concéntricos, habría que discutir más intensamente de lo que hasta ahora se ha hecho, qué consecuencias y cuestiones resultan de los hallazgos concretos y en qué direcciones ha de continuar la investigación que se realice a partir de aquí. Para que las nuevas generaciones de científicos tengan una perspectiva laboral, han de ser desarrollados modelos científicos; para que la historia medioambiental no caiga en muy diferentes direcciones científicas sin contexto, ha de ser creado algún tipo de marco. Estas reflexiones se basan en lo siguiente:

2. *Sobre la definición de investigación histórica del medio ambiente.* En el congreso de historiadores de Bochum de 1990, sugerí la siguiente definición:

La investigación ecológico-histórica se integra en la investigación de la evolución a largo plazo de las condiciones de vida y reproducción humanas. Investiga cómo el ser humano mismo ha influido en estas condiciones y cómo reaccionó ante las alteraciones. En este sentido, se dedica con especial atención a las acciones humanas involuntarias, con consecuencias a largo plazo, en las que se produzcan efectos sinérgicos y reacciones en cadena, junto con procesos naturales<sup>3</sup>.

De esta forma, intenté hacer balance sobre algunas concepciones diferentes acerca de la historia del medio ambiente, ya que un cierto balance hay que sacar, si se quiere formular un concepto con el que se pueda trabajar en la práctica y que no excluya una gran parte de

---

<sup>3</sup> RADKAU, JOACHIM: «Unausdiskutiertes in der Umweltgeschichte», en HETTLING, MANFRED, et al. (ed.): *Was ist Gesellschaftsgeschichte? Positionen, Themen, Analysen.* (Publication in honour of Hans-Ulrich Wehler), Munich, 1991, pp. 44-57.

la investigación sobre el medio ambiente que ya realmente existe. La historia del medio ambiente, según mi definición, permanece en el epicentro de la historia de los problemas humanos y no de la naturaleza en sí. Es fácil formular una crítica filosófica desde la perspectiva antropocéntrica, pero uno se engaña a sí mismo, cuando cree que podría, con las fuentes históricas, prescindir jamás del antropocentrismo<sup>4</sup>. A propósito, ¿se quiere hacer esto seriamente? Aún así, de alguna forma, una historia de orientación ecológica, tiene que mostrar que el medio ambiente no sólo existe como parte integrante de las actividades humanas, sino que tiene vida y leyes propias. Por eso es por lo que una importante tarea de la investigación medioambiental histórica consiste en identificar cadenas de efectos involuntarios de las acciones humanas y dar a conocer que determinadas acciones no constituyen un principio, sino que producen unos efectos sinérgicos con un medio ambiente que existe previamente. Con propósitos de este tipo, la historia del medio ambiente no sería elemento extraño dentro de la ciencia histórica, sino que sería parte estrechamente integrada a lo que ya es el núcleo de las formas de conocimiento históricas, y que sólo se pierde cuando la historia es contada de forma superficial. Historia medioambiental no es lo mismo que historia económica. Un conflicto en torno a las fuentes naturales, motivado por la economía, no es en sí mismo parte integrante de la historia del medio ambiente. Sin embargo, mi definición implica que no tendría ningún sentido, por otra parte, intentar trazar aquí una línea divisoria estricta. Toda acción ecológicamente consciente tiene que ver, al igual que la economía, con los principios de la existencia humana, sólo que fundamentalmente con aquellas condiciones de la existencia a largo plazo, transgeneracionales y colectivas. Dado que no conocemos el futuro, la conciencia ecológica incluye –y en esto estriba una problemática especial– un cierto trato con lo desconocido. *Se integra* ha sido mi formulación para, de ese modo, poder expresar que la investigación ecológica histórica no posee ningún tipo de monopolio en este campo de investigación.... *se dedica con especial antelación*, no quiere decir que la historia del medio ambiente tenga que ocuparse sola-

---

<sup>4</sup> RADKAU, JOACHIM: «Wald- und Wasserzeiten, oder: Der Mensch als Makroparasit? Epochen und Handlungsimpulse einer humanen Umweltgeschichte», en CALLIESS, JÖRG, *et al.* (ed.): *Mensch und Umwelt in der Geschichte*. Pfaffenweiler, 1989, pp. 139-174.

mente de las perspectivas a largo plazo. Pero debería descubrir la *longue durée* - al igual que antes que ella lo hiciera la historia social - o lo que por supuesto no significa una disipación por las épocas del mundo.

3. *Los historiadores del medio ambiente ante la obligación de la especialización.* ¿Cómo se hace científicamente más sólida la investigación del medio ambiente? La respuesta rápida que hoy día se presenta es la siguiente: a través de la especialización. Pero, ¿cómo ha de ocurrir?, ¿en qué tiene uno que especializarse? Existen por lo menos diez disciplinas en las que puede uno hacerlo: ecología, historia de la técnica, geografía histórica, historia de la agricultura, historia del bosque, historia del clima, química, historia de la demografía, historia de la medicina, historia del tráfico. Todas ellas son, sin lugar a dudas, de gran relevancia histórica para el medio ambiente; pero especializarse y profundizar trabajando sólo en una de ellas exige muchos más años si no media vida. Uno reconoce el dilema: en el momento en que la historia del medio ambiente busca conseguir solidez a través de la especialización, amenaza con dividirse. Hoy en día, debería poder afirmarse unánimemente que el destino de la investigación medioambiental depende fundamentalmente de la capacidad interdisciplinaria de los científicos. De hecho, a veces hay que soportar, cuando uno trata los problemas adecuadamente desde una perspectiva múltiple, que algunos especialistas lo consideren a uno como a un simple aficionado. Esta suerte se puede llevar con dignidad, ya que no sólo existe la competencia de los especialistas, sino también la de los profesionales interdisciplinares, y me parece, que esta última competencia se está ganando el respeto de la opinión pública a pasos agigantados. El historiador del medio ambiente no debería ceñirse sólo a una de las mencionadas especializaciones; tampoco debería pretender dominar las diez a la vez, en la medida en que no es ningún genio universal de nacimiento. Una cierta especialización en el sentido convencional es necesaria, por lo menos, hasta el punto en que se comprenda el lenguaje especializado de las diferentes disciplinas y poder comprobar asimismo la relatividad de la validez de los resultados. La propia competencia la gana, el historiador del medio ambiente, en las fronteras de las disciplinas establecidas.

Justo cuando no se aborda directamente el problema, sino que hacemos preguntas acerca del mismo, lo que es absolutamente impres-

cinclible en la investigación de la historia del medio ambiente, es entonces cuando estamos en la tarea de ir construyéndonos una serie de ámbitos de competencia. Hasta ahora, la historia del medio ambiente depende excesivamente de los temas y las disciplinas existentes. De la misma forma que la industria hoy día nos abastece con innumerables productos con etiquetas de *Natur...* o *BiD...* que más o menos ya existían desde siempre, la ciencia presenta muchos campos de investigación como *investigación medioambiental* que, sin embargo, no serían tan nuevos si los presentaran bajo otro nombre.

Este camuflaje del etiquetado ha aumentado considerablemente en el último decenio. La tarea de proporcionarle a la investigación del medio ambiente una identidad inequívoca es ahora mucho más urgente que hace diez o quince años, cuando los congresos sobre ecología empezaron a tener vigencia.

En Alemania, la investigación histórica del medio ambiente, hasta ahora, ha recibido los mayores impulsos de la historia de la técnica<sup>5</sup>. Si partimos del hecho de que la historia del medio ambiente sólo gana contornos nítidos como la historia de un problema, esta relación va adquiriendo sentido. Por supuesto que la historia de la técnica tiene que seguir desarrollándose en algunos aspectos, para poder alcanzar la capacidad de relacionar puntos en común con la ecología. Tendrá que alejarse de la convencional concepción tecnicista del progreso y dejar de ser una historia de las innovaciones técnicas, para convertirse en una historia de los ciclos de producción originados por la técnica; en una historia de la aplicación de la técnica, de las consecuencias de la técnica, así como una historia de los riesgos técnicos.

Incluso en el punto más álgido del conflicto atómico en los años setenta, la historia de la técnica tuvo un desarrollo estéril hacia la dirección descrita; sin embargo, la situación ha ido cambiando sensi-

---

5 «Technik und Umwelt in der Geschichte», en *Technikgeschichte*, núm. 48, 1981, pp. 177-273. BRÜGGEMEIER, FRANZ-JOSEF, y ROMMELSPACHER, THOMAS (eds.): *Besiegte Natur, Geschichte der Umwelt im 19. und 20. Jahrhundert*, Munich, 1987. KONRAD, HELMUT, y ANDERSEN, ARNE (eds.): *Ökologie technischer Wandel und Arbeiterbewegung*, Viena, 1990. SPELSBERG, GERD: *Pauchplage, Hundert Jahre saurerer Regen*, Aachen, 1984. KLUGE, THOMAS, y SCHRAMM, ENGELBERT: *Wassernote, Umwelt- und Sozialgeschichte des Trinkwassers*, Aachen, 1986. HERRMANN, BERND (ed.): *Umwelt in der Geschichte*, Gottingen, 1989. ANDERSEN, ARNE, y SPELSBERG, GERD (eds.): *Das blaue Wunder. Zur Geschichte der Synthetischen Farben*, Köln, 1990.

blemente. Un punto de encuentro entre la técnica y la historia del medio ambiente se puede encontrar con tendencias innovadoras dentro de la historia de la técnica <sup>6</sup>. Sin embargo, no sería correcto concebir la historia del medio ambiente únicamente como una especie de historia crítica de la técnica. Son muchos los problemas graves del medio ambiente, que, en muchos casos, no han tenido ni mucho menos sólo orígenes técnicos. Asimismo sería una equivocación despertar la impresión de que se podrían solucionar fundamentalmente gracias a la técnica. De lo que venimos diciendo, se puede concluir que no tendría sentido querer concebir la historia del medio ambiente como una unidad *temática*. Quizá algún día se pueda demostrar de forma plausible que *el período glacial* y la caza de brujas tienen efectivamente algo en común, pero con ello uno se aparta del camino de la investigación seria, siempre que nos refugiamos en grandes causas. La investigación del medio ambiente sólo puede conseguir su contexto comunicativo a través de una unidad en los objetos de investigación, así como en el planteamiento de los problemas y de los paradigmas. Quizá también a través de una coherencia en la autorreflexión. Precisamente, como historiadores, no deberíamos olvidar que el medio ambiente, en la actualidad, no supone en sí mismo un tema homogéneo, sino que desde hace poco ha ido creciendo conjuntamente y por orígenes muy diversos hacia un único motivo de discurso público <sup>7</sup>. El elixir de vida de la investigación medioambiental se basa, precisamente, en que los interesados no sólo han venido tolerando la pluralidad de los planteamientos científicos y de los investigadores, sino que la han calificado de incentivadora.

4. *¡Hacer lo indiscutible discutible!* Para que se pueda crear una red de comunicación con la profundidad deseable, han de ser identificados, en primer lugar, temas de discusión. También, en este sentido, hay aún mucho por hacer. Hasta ahora, entre las líneas de los propósitos de la historia del medio ambiente, vemos como, en los planteamientos, aún se observan muy a menudo premisas sin discutir y contradictorias entre sí. Algunas veces, las presenta una única

---

<sup>6</sup> RADICAU, JOACHIM: «Umweltprobleme als Schlüssel zur Periodisierung der Technikgeschichte», en *Technikgeschichte*, núm. 57, 1990, pp. 345-361.

<sup>7</sup> WEY, KLAUS-GEORG: *Umweltpolitik in Deutschland. Kurze Geschichte des Umweltschutzes in Deutschland seit 1900*, Opladen, 1982.

obra: fragmentos de las dos grandes imágenes contrastivas *historia como progreso e historia como decadencia* se han entremezclado de forma curiosa. A menudo, se presenta al ser humano como un ser en principio destructor de la naturaleza al que —de ser consecuentes— habríamos de destruir; sin embargo, también se le presenta por otro lado como una creación estrechamente ligada a la naturaleza y que se orienta armónicamente hacia ella, si pudiéramos hacer abstracción de sus instintos.

Tengo la sospecha de que existen, sobre todo en el ámbito germanoparlante, tensiones latentes no desahogadas dentro del movimiento ecologista alemán, que dificultan el desarrollo discursivo de la investigación histórica del medio ambiente. Más que en ningún otro lugar, en Alemania el movimiento *alternativo* tiene su origen en una unión de valores conservadores e izquierdistas; antropósofos y marxistas; ascéticos y hedonistas <sup>8</sup>. Es increíblemente enriquecedor estudiar la historia del devenir ecológico alemán. Uno se ve incitado a la autorreflexión y es capaz de entender mejor algunas de las dificultades de la historia del medio ambiente. El movimiento ecologista alemán, al parecer, sólo podía conservar su unidad política, en la medida en que de una forma o de otra, convirtiera en tabú una serie de temas, o que sólo fueran discutidos de forma indirecta. Siempre que la discusión se acercaba a estas zonas tabú, había tensión en el ambiente y amenazaba con empezar a delinearse una guerra de creencias. Asimismo, había una serie de bloques temáticos explosivos acerca de los que sólo se podía discutir racionalmente con cierta dificultad: valoración de las coacciones estatales, papel especial de la mujer, expresar juicios sobre el capitalismo y el socialismo, conservación del antifascismo como principio básico y, últimamente sobre todo, la inmigración. Todos estos temas conciernen directamente a una elaboración de una historia con orientación medioambiental y, si se hace de ellos un tabú, se bloquean con ello algunos caminos de la historia del medio ambiente. Si concebimos al ser humano como un ser por naturaleza destructivo para el medio ambiente, ¿no deberíamos dar cabida, incluso fomentar ciertas estructuras sociales represivas?; ¿están en la senda equivocada los *espontáneos* y los hedonistas? ¿O quizá deberíamos, como historiadores, luchar contra esta forma tan di-

---

<sup>8</sup> SPRETNAK, CHARLENE: *Die Grünen*, Munich, 1985. KLEINERT, HUBERT: *Aufstieg und Fall der Grünen*, Bonn, 1992.

cotómica y global de tratar las cosas? ¿Tiene aún algún sentido una postura como la del *antifascismo* o es el destino de la ex-RDA una muestra de que tales posiciones *anti* nos llevan a una posición muy cercana a la de nuestro contrario y deberíamos mejor intentar comprender históricamente aquellos conceptos primitivos legítimos en los que se basaba el fascismo, tales como la necesidad de una comunidad, una patria, naturaleza, vida plena, seguridad en la existencia a largo plazo?; ¿sería esto precisamente, en la investigación de los destinos cambiantes de la conciencia ecológica, un importante paso hacia delante en nuestros conocimientos?; ¿fueron los intereses económicos los que contaminaron la atmósfera o podemos encontrar también ejemplos contrarios que nos permitan conclusiones generales? Chico Mendes, el trágico héroe de la lluvia ácida brasileña, era un empleado del caucho. Un joven que en el certamen escolar de Bielefeld obtuvo el premio *El medio ambiente tiene historia*, mostró cómo una fábrica de descolorantes luchó durante decenios contra la introducción de aguas residuales comunales en un arroyo y se arruinó en el intento.

Sin embargo, los mayores tabúes son, desde hace poco tiempo, la inmigración y el desarrollo demográfico. Hace años, mientras me ocupaba de la historia del bosque, pude comprobar en mí mismo, que sentía una gran aversión a seguir con los efectos negativos que ejercen las grandes poblaciones sobre el bosque. Sin embargo, es difícil discutir que estos efectos existen y que además son de gran importancia en la historia de las relaciones del ser humano con el medio ambiente (mientras que determinadas técnicas como la fundición del hierro, las salinas, la fabricación del cristal, no ejercen, por sí mismos, los efectos destructivos sobre el bosque que muchas veces se les imputan). Esto no sólo cuenta para el pasado, sino también para el presente. Desde que se llegara a la perspectiva de las *fronteras del crecimiento*, es una verdad intrínseca que un crecimiento fuerte de la población significa, para los aspectos medioambientales, un desarrollo a tener en cuenta. Pero es muy difícil sacar consecuencias de esta perspectiva tan general para un caso en concreto. La culpa no es, desde luego, sólo del ámbito ecológico si no se ha podido llegar a una discusión racional al respecto. Sin embargo, la investigación medioambiental histórica debería no perder de vista este problema y discernir si realmente no son posibles, en lo que a los temas históricos se refiere, algunas discusiones que se vienen dejando de lado en la temática actual.

5. *¿Vuelo de altura olímpico o historia de juglares?* Cuando, en un simposio internacional de *Historia del medio ambiente*, un historiador americano ofreció una charla muy global acerca de la problemática del medio ambiente y, posteriormente, una bióloga finlandesa habló sobre el análisis del polen en los jardines de los museos de Turku, Donald Worsters observó cómo, al parecer, los distintos tamaños de las naciones daban pie a diferentes horizontes. Según para quién, Alemania puede ser un país más o menos grande y es quizá por eso por lo que, hasta ahora, las distintas apreciaciones existentes sobre la historia del medio ambiente se mueven en terrenos tan dispares.

Esta discrepancia, sin duda, también está relacionada con el hecho de que el acceso a través de la historia de la intelectualidad, produce un tipo de historia del medio ambiente completamente distinta al que produciría una investigación empírica basada en unos hechos concretos. *Pensar de forma global, actuar «in situ»*: Este lema paradójico del movimiento ecológico se refleja también en el panorama actual de la historia del medio ambiente. Las reflexiones teóricas se mueven normalmente siempre a varios niveles superiores a las investigaciones empíricas. Dicho con un poco de malicia: por una parte, tenemos el tipo A de la historia humanista del medio ambiente; se trata del tipo olímpico de los vuelos de altura de la historia global que van desde el mandamiento *dominum-terrae* del Antiguo Testamento hasta el principio de la responsabilidad del filósofo Hans Jonas, con una escala técnica en el canto solar de San Francisco y en el *conocimiento es poder* de Bacon, y, por la otra, está el tipo B, tipo éste polémico, producto de la historia del escándalo y de la casuística; la historia de la contaminación del arroyo X por la fábrica Y; la típica historia de los empresarios con un excesivo afán de lucro; la misma historia de todos aquellos valientes que protestan, así como de los burocratas fluctuantes. En ambos tipos, se reflejan las distintas fuerzas motrices del movimiento ecologista alemán. Sería muy injusto tratarlos con excesiva simpleza, ya que ambos tipos tienen sus propios méritos. El tipo A ha sido el primero en otorgar un nivel espiritual, una amplitud de miras a la historia del medio ambiente; el tipo B, por el contrario, lo ha dotado de una relevancia práctica y sagacidad apropiadas. Pero también poseen ambos tipos sus deficiencias y si uno las perpetúa eternamente se acaba en un callejón sin salida. Los vuelos de altura por la historia de las ideas no consiguen captar verdaderamente el desarrollo real de las relaciones entre humanidad y medio

ambiente, ya que esta historia real tiene mucho más que ver con las costumbres diarias de las masas, que con las ideas de los grandes espíritus. Las costumbres banales no cristalizan en ideas elocuentes, sino que éstas se encuentran mucho más entre las líneas de las fuentes escritas. Nada hay más ambiguo y opaco que la historia de las ideas de la naturaleza; el conocimiento intuitivo de la naturaleza y la manipulación deformadora de la misma están juntas en el mismo nivel de las ideas y a menudo se dan la mano -piénsese en Francis Bacon<sup>9</sup> y en Justus Liebig<sup>10</sup>-. Cualquiera que sea el contexto de acción efectivo que una idea natural tenga, sólo podrá ser aclarado a la luz de una investigación de la historia real. Sin embargo, también el tipo B tiene sus límites: se queda con facilidad estancado en una historia puntual y narrativa, y sus *conflictos medioambientales*, a menudo, no son mucho más que conflictos de intereses socioeconómicos. El desarrollo de las relaciones hombre-medio ambiente, a menudo, no se llega a reconocer, sino *detrás* de ese tipo de conflictos y a través del análisis de los efectos involuntarios a largo plazo. Las investigaciones del tipo B, con frecuencia, poseen un tono crítico, pero dejan abierto qué tipo de medidas conlleva su crítica y en qué se basan o qué tipo de normas se pueden esperar de los autores de otros tiempos.

Sería de desear, en la actual situación, la construcción sólida de un *estado intermedio* de la investigación histórica del medio ambiente. Al igual que en la historia social, se necesitan teorías de alcance medio y modelos más refinados de la periodización. Bien es sabido que el antiguo modelo de *historia como progreso* es obsoleto, pero, tampoco ese modelo, ya menos nuevo de *historia como decadencia* aporta mucho. Una historia del medio ambiente en la que todos los gatos son pardos no tiene ningún valor ni analítico ni práctico. El mismo esquema tripartito de Lewis Mumford de Eotécnica -Paleotécnica- Neotécnica<sup>11</sup>, ha dejado de tener vigencia; asimismo, la periodización en tiempos *preindustriales* y *tiempos industriales*, que se ha vuelto a replantear en los conceptos de *sistemas energéticos sola-*

---

<sup>9</sup> Vid. RAVETZ, JEREMY R.: *Die Krise der Wissenschaft*, Neuwied/Berlín, 1973, pp. 489 Y ss.

<sup>10</sup> Véase el papel de Liebig durante la controversia por las aguas residuales urbanas. SIMSOM, JOHN V.: *Kanalisation und Stadthygiene im 19. Jahrhundert*, Düsseldorf, 1983.

<sup>11</sup> MUMFORD, LEWIS: *Technics and Civilization*, Nueva York, 1934, 2.ª ed., 1963.

*res y fósiles* es demasiado amplia. Un test de aptitud, recomendable para todo tipo de periodizaciones, consiste en comprobar si contienen las motorizaciones de las masas y el desarrollo exponencial de la contaminación medioambiental desde los años cincuenta, como elementos constitutivos. Algunos parecen tener la ambición de querer agrupar toda la historia mundial bajo un único criterio; desde hace poco, lo que más parece atraer es el criterio *sistema energético* <sup>12</sup>. Pero dudo de que este esfuerzo en pro de la unidad estilística tenga algún sentido. *Energía* es el típico concepto moderno; otras épocas entendieron sus problemas medioambientales con otra terminología y es, precisamente a través de esto, como se reconocen los cambios en las épocas <sup>13</sup>. Ese nivel medio de la periodización ya no se puede deducir de las teorías actuales, sino que ha de ser elaborado a partir de la investigación empírica.

6. *¿Ha existido también en el pasado una conciencia ecológica y, de ser así, en qué se ha notado? ¿Qué quiere decir, en realidad, tener conciencia ecológica? Reconocer el derecho propio de la naturaleza:* ésta es una de las respuestas más o menos aceptadas. Lamentablemente, no se encuentra este tipo de conciencia ecológica prácticamente en ningún momento de la historia, excepto, en todo caso, en algunos filósofos y jefes de tribus indias e incluso, entre éstos, mucho más de palabra que de hecho. En este sentido, toda la historia documentada en fuentes escritas, se convierte en historia de déficit. La historia del medio ambiente será un eterno escribir la historia con lamentaciones y acabar en resignación y cinismo. Esto incluso ha podido ser durante cierto tiempo un estímulo. La unión entre un radicalismo teórico y un escapismo práctico es, desde hace mucho tiempo, un fuerte componente de la cultura intelectual alemana. Yo no tengo en especial estima a este estilo y me gustaría que el diseño de la historia del medio ambiente alcanzara una estética diferente.

Cuando uno descubre que la historia del medio ambiente tiene necesariamente que ver con las condiciones de vida colectivas a largo plazo, entonces, el trabajo del historiador se convierte mucho más en

---

<sup>12</sup> Vid. SIEFERLE, ROLF PETER: *Der unterirdische Wald, Energiekrise und Industrielle Revolution*, Munich, 1982.

<sup>13</sup> RADKAU, JOACHIM: «Energie Zeitalter und Energiekrisen: Ein Schlüssel zur Weltgeschichte?», en RWE ENERGIE (ed.): *12 Hochschultage Energie*, Essen, 1992, pp. 11-18.

un estímulo detectivesco y deja de poder practicar aquel (por desgracia muy extendido) tipo de *investigación* con el que ya se sabe de antemano cómo van a ser los resultados. El estímulo de la investigación es más intenso si uno piensa que el desarrollo de las relaciones hombre-medio ambiente está relacionado con aspectos **temporales**; con el tiempo de las transformaciones ecológicas; con los mecanismos de retroacoplamiento en las consecuencias no deseadas y con la evaluación o no de las experiencias. Ahí está el historiador en su propio elemento. A menudo, ha de ser muy meticulado y poner en marcha su **sagacidad**, ya que, precisamente en la actualidad, donde tanto merodea la ficción de la técnica científica, con frecuencia se enmascaran aquellos procesos en los que un desarrollo técnico arriesgado no se tantea cautelosamente primero con la experiencia <sup>14</sup>.

Pero hasta bien entrada la era industrial, la experiencia poseía un gran poder sobre la técnica. Lo que hoy llamamos conciencia medioambiental habría que buscarlo dentro de esta experiencia. Para ello, hace falta una gran **sagacidad**, ya que la experiencia, en la mayoría de los casos, queda en parte inarticulada o sólo se indica someramente debido a que, en **general**, se relaciona/con el fracaso.

Si la humanidad ha sobrevivido sorprendentemente tanto tiempo sin destruir por completo la base de su existencia, al parecer, esto no se debe solamente al cuidado consciente sino, en gran parte, a la ley de la inercia que rige el mundo, no sólo bajo los principios físicos, sino también psicológicos. Muchos bosques se **conservan**, precisamente porque el transporte de unos troncos pesados se hace tan dificultoso por caminos intransitables. Profundizar en la acción de esta ley de la inercia entre las líneas de las fuentes es una tarea muy estimulante. En este punto, se encuentra la investigación histórica con la experiencia personal. Por **desgracia**, las acciones beneficiosas para el medio ambiente de esta ley de la inercia han desaparecido en la actualidad. En estos momentos, la inercia sigue fomentando la destrucción del medio ambiente, ya que ésta ha desarrollado ahora una especie de dinámica propia. ¿Cuándo y cómo ha ocurrido esto? Este punto significó la cesura de consecuencias tal vez más graves en la historia del medio ambiente.

De lo ya expuesto, se deduce que uno no debe plantearse como

---

<sup>14</sup> RADKAU, JOACHIM: Kerntechnik: «Grenzen von Theorie und Erfahrung», en *Spektrum der Wissenschaft*, 1984, pp. 74-90.

algo excesivamente noble el tipo de conciencia medioambiental históricamente relevante. Si el movimiento ecologista busca en el pasado una conciencia medioambiental, tanto de izquierdas como post-materialista, que para muchos sigue siendo hoy en día un ideal, entonces se está organizando un tipo de historia que dentro de la historia real está bastante en el aire (como por ejemplo lo hace Jost Hermand en su *Historia de la conciencia ecológica* con el título *Utopías Jlerdes en Alemania*). No podemos olvidar lo siguiente: el mayor y más grave problema ecológico de la humanidad no fueron durante mucho tiempo las emisiones de los lugares de fundición, sino que lo fueron el peligro de la sobreutilización de los campos y los bosques, y la causa principal de esta utilización desmesurada ha sido el exceso de población de una región, ya que la mayoría de las regiones se alimentaban hasta el siglo XIX en gran parte de sus propios recursos y utilizaban, para las estufas y las cocinas, la leña de los bosques más próximos. Por esto, todas las perspectivas que optaron por frenar el crecimiento de la población eran en parte formas de conciencia ecológica: regulación de la sexualidad, restricciones de la inmigración, precisamente lo que los modernos intelectuales de izquierdas más detestan. La historia de la conciencia medioambiental de efectos prácticos no ha venido siendo precisamente por ello una serie de acontecimientos bellos y muy dignos, sino que es una historia plagada de actos egoístas por parte de diferentes grupos; una historia de estrecheces mentales, de luchas de poder; dicho en pocas palabras: una historia verdadera. Hans Jonas comentaba en una entrevista al semanario alemán «Der Spiegel»<sup>15</sup> que el hombre es un ser con capacidad de futuro –de hecho, lo es– sólo que, por desgracia, no posee ningún método fiable para el reconocimiento de ese futuro. Nadie sabe con exactitud lo que significa *previsión* en un sentido amplio. Por esto, la necesidad de previsión nos lleva, con tanta facilidad, a pulsos de poder, ya que este poder faculta para las *profecías autorrealizadoras*: la mayoría de las formaciones de poder poseen un elemento de previsión. Con esto, se ve la gran dificultad existente a la hora de realizar una investigación de la historia de la conciencia ecológica práctica. Uno nunca encuentra esa conciencia aislada, sino en contextos. Al parecer no puede ser de otra forma. Véase, por ejemplo, lo difícil que les resulta a los verdes y lo poco que consiguen ser un ver-

---

<sup>15</sup> *Der Spiegel*, 20/1992, p. 101.

dadero partido ecológico. Los contextos de las conciencias ecológicas en el pasado, en general, no fueron demasiado bellos. Si se busca a lo largo de la historia un ideal de conciencia, no se percibe la conciencia ecológica real. La preocupación por la pureza de las fuentes se relacionó en la Edad Media con la enemistad mortal hacia los judíos; el miedo al granizo y la impotencia en la Edad Moderna se relacionaron con el miedo a las brujas; la comprensión por la limitación de los recursos naturales en la modernidad, con el imperialismo y el fascismo. Una relación entre la previsión ecológica indicada y la represión puede volver a aparecer en el futuro con cierta facilidad. Una historia ecológica realista podría ser un antídoto contra las simplezas, verdaderas o simuladas, de la escena ecológica.

7. *Ordenanzas forestales, delitos forestales y equilibrio: Hacia un valor paradigmático de la historia del bosque.* Mis consideraciones acerca de la historia del medio ambiente se ven condicionadas por mis confrontaciones personales y bastante dispares con el tema: en primer lugar, a través de la historia de la técnica nuclear y del conflicto atómico, más tarde con la historia forestal de principios de la Edad Moderna, y finalmente, fueron las investigaciones a nivel regional del desarrollo técnico. Hace poco tuve la oportunidad de presentar mis reflexiones <sup>16</sup> sobre el carácter paradigmático de la historia de la técnica nuclear. Por eso, quisiera en esta ocasión, limitarme a realizar una serie de observaciones con ejemplos concretos acerca de aspectos paradigmáticos de la historia del bosque. El bosque era, hasta bien entrado el siglo XIX, uno de los principales recursos vitales de la humanidad, ya que no sólo producía madera, uno de los principales combustibles y materias primas, sino que ofrecía también campos de pastoreo y pequeños núcleos económicos para determinadas capas de la sociedad. Sin embargo, la historia del bosque seguía siendo uno de los sectores de investigación desvinculado, en general, de la ciencia de la historia y asentado en las facultades y en los seminarios forestales sin poder alcanzar un nivel histórico-científico. Habría que reelaborar la historia del bosque y considerarla un campo de acción relevante de la investigación histórica del medio am-

---

<sup>16</sup> RADKAU, JOACHIM: «Die Kerntechnik als historisches Individuum und als Paradigma. Zum Modellcharakter großtechnischer und anderer Systeme», en *Technik und Gesellschaft*, Jahrbuch 6, Frankfurt|Nueva York, 1992, pp. 73-112.

biente. La tarea es prometedora ya que la gran cantidad de fuentes es increíble; pero a la vez es imperiosa por el hecho de que, a veces, los historiadores del medio ambiente, hasta ahora, han cometido errores considerables en la historia del bosque. Se han aferrado, con excesivo entusiasmo, a las numerosas protestas sobre la amenaza que suponía la *ruina forestal* y la *terrible e imperiosa necesidad de madera*, como si se estuviera ante una crisis genuina del medio ambiente y ante manifestaciones de una conciencia ecológica en su forma más original. Pero lo cierto es que no han analizado en profundidad que tras estas luchas había una serie de intereses creados y que el lamento sobre *el triste estado de la foresta*, en general, no tenía mucho que ver con la ecología, sino que, sobre todo, se trataba de conseguir unos fines ecológicos de la economía forestal reformada, para la que contaba, fundamentalmente, el valor de cambio de la madera. En este sentido, los plantones de cañamo, los montes talados o los campos de pastoreo no tenían apenas valor forestal, se consideraban inexistentes, *arruinados*. Sin embargo, desde un punto de vista ecológico, las cosas se ven de otra manera: muchos de estos bosques explotados por agricultores eran superiores en la variedad de la riqueza de los cultivos a los modernos bosques plantados por el hombre o incluso a las, en un tiempo, selvas vírgenes de Europa Central. Esto no significa, por supuesto, que la historia premoderna del bosque avanzara en bloque para los historiadores del medio ambiente hacia lo que se podría denominar *aquellos buenos tiempos*. Por supuesto que hubo una destrucción fatídica del bosque desde el punto de vista ecológico cuyos efectos más inmediatos fueron la erosión y el empobrecimiento de los suelos. En la actualidad, de lo que se trata es de reconocer que se sigue extendiendo una terra incógnita de la historia del medio ambiente que ha de ser investigada con métodos capaces de diferenciar los distintos ámbitos y hacerlo desde una perspectiva que sea crítica con las fuentes<sup>17</sup>.

La historia de los bosques puede ser una buena muestra de lo que podría ocurrir si la investigación medioambiental histórica le prestara una especial atención a los largos procesos sinérgicos no inten-

---

<sup>17</sup> RAOKAU, JOACHIM und/y SCHÄFFER, INGRID: *Holz. Ein Naturstoff in der Technikgeschichte*, Reinbeck, 1987. RAOKAU, JOACHIM: «Zur angeblichen Energiekrise des 18. Jahrhunderts: Revisionistische Betrachtungen über die "Holznot"», en *Vierteljahrschrift/ür Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, núm. 73, 1986, pp. 1-37.

cionados. Una gran parte de la historia del bosque, escrita hasta ahora en el ámbito de la lengua alemana, refleja el punto de vista de una administración forestal moderna y, en esencia, se basa en una historia de las ordenanzas forestales y de lo que fue de ellas. El tipo de historia forestal más cómodo era el de la historia de las ordenanzas forestales; si se intentaba introducir un poco de realidad tras las leyes, en la mayoría de las ocasiones resultaba una historia de la no observación de las mismas, por lo menos, hasta que se creó el funcionariado moderno. Muchas de las prohibiciones de los viejos tiempos ni siquiera se tomaban en serio, sino que el infractor lo único que tenía que hacer era pagar la correspondiente multa y la administración' de esta forma, vivía en gran parte del dinero recaudado. Es precisamente en este campo donde debería implantarse una historia forestal emancipada del punto de vista de la alta administración forestal. Al sistema real de la economía forestal no pertenecían solamente las ordenanzas forestales sino también las infracciones contra estas ordenanzas o, por lo menos, una parte determinada de ellas. Es en este momento cuando cobra sentido la pregunta: ¿De qué sistema se trataba desde el punto de vista ecológico? Lo primero que vemos es que una serie de tipos de delitos forestales de la ecología del bosque no eran perjudiciales en absoluto. Cuando los campesinos dejaban en el bosque ramas aunque reglamentariamente hubieran debido recogerlas, esto era beneficioso para el contenido de sustancia nutritiva del suelo. Cuando los cazadores furtivos -los peores enemigos de los inspectores de montes- diezmaban a los animales de caza, esto hacía que mejorara la regeneración de la naturaleza y los bosques de fronda. Incluso la economía basada en la quema de los bosques, combatida duramente en especial por los reformistas forestales, pudo estabilizar determinados ecosistemas en el bosque. Este sorprendente descubrimiento hizo que muchos protectores de la naturaleza americanos y australianos se convirtieran, hace poco, al sistema de incendiar partes del bosque. Cuando los agricultores permanecían aferrados a su vieja economía del cáñamo impidiendo así la repoblación forestal de los bosques de coníferas, desde el punto de vista ecológico más moderno, actuaban de forma muy razonable. Cuando echaban sus animales al monte, por una parte, efectivamente hacían que, bajo determinadas circunstancias el valor de la leña bajara, pero por otro lado, esto abonaba el suelo del bosque. Todo esto no quiere decir que deberíamos declarar beneficiosas todas las infracciones que se han co-

metido hasta ahora en el bosque. La utilización desmedida de la paja -que por cierto es más un fenómeno de la época de la reforma que de los viejos tiempos- ha ocasionado mucho daño al suelo del bosque. Pero el historiador tiene que ser consciente de que una historia ecológica del bosque hay que descubrirla detrás de la historia de las ordenanzas forestales y que no se basa solamente en éstas y en el cumplimiento o no de las mismas, sino fundamentalmente también en la relación entre todos aquellos efectos no intencionados. Para la historia real de las relaciones entre el hombre y el medio ambiente, no sólo son decisivas las formas de conducta que han de ser reguladas, sino mucho más todas aquellas costumbres que existen independientemente de las ordenanzas, por ejemplo, toda aquella historia de las distintas formas de indolencia y las acciones que se aceptan sin más.

Todo esto nos puede dar muestras de hasta qué punto una separación de la historia ecológica y económica así como el desviarse de la consideración histórica antropocéntrica tiene cierto sentido o hasta qué punto carece de él. La historia del medio ambiente ha de buscar, sobre todo, ir más allá de una simple historia de las acciones humanas intencionadas, al igual que ya lo hiciera con cierto éxito la historia social. Pero ha de seguir siendo aún una historia que gira entorno a los hombres y sus condiciones de vida. Una especie de historia que considerase los tiempos de las epidemias como una Edad de Oro para el bosque, porque, por aquel entonces, los bosques podían extenderse sin impedimentos, multiplicaría el número de las aparentes inviolabilidades etiquetadas con *eco*, ya que ¿a quién le gusta morir por el bosque?

El factor hombre sigue siendo una parte fundamental de la historia del bosque. ¿Tiene algún sentido buscar un *equilibrio* entre hombre y bosque? Erich Jantsch destacó con razón que no hay nada que se pueda hacer tambalear con más facilidad que un estado de equilibrio<sup>18</sup>. Sería mucho mejor que el modelo proporcionase un *equilibrio fluctuante* con criterios útiles que, además, es más adecuado para los conocimientos de los historiadores. Lo más estable son las relaciones que tengan la facultad interior de reestabilizarse continuamente con transformaciones, conflictos, así como con diferentes fases de caos. Una condición crucial es que los sistemas sociales si-

---

<sup>18</sup> JANISCH, EmeH: *Die Selbstorganisation des Universums*, Munich, 1979, pp. 107 Y ss.

gan siendo capaces de enfrentarse a desarrollos ecológicos críticos y a sus causas, así como de adoptar posturas flexibles. La gran cantidad de quejas respecto del bosque indica que esta capacidad ha existido, aunque haga mucho tiempo que no se haya utilizado. Según determinados aspectos de la historia del medio ambiente, lo que hasta ahora era considerado como un signo de la crisis existente, ahora es indicio de conflictos estabilizadores y equilibrios fluctuantes. De cualquier forma, ha habido elementos desestabilizadores en la economía forestal protoindustrial. Sin embargo, pertenecían más al mundo de los reformadores forestales que a la sociedad tradicional. La creciente presión de la población por la política de repoblación fomentada desde arriba, gravaba los bosques; el crecimiento en rapidez de los procesos socioeconómicos hizo más difícil reaccionar a tiempo contra efectos a distancia que no eran deseados. La cada vez más complicada red transregional de la vida económica iba separando el *mundo de la fabricación* del *mundo de la utilización*, por recurrir a la terminología de Uexküll. Los reyes de la madera de Rellania, que organizaban en el siglo XVIII los gigantescos ríos de madera hasta Holanda, no tuvieron que sufrir las consecuencias de la destrucción local del bosque porque no veían los valles de la Selva Negra, talados por ellos mismos<sup>19</sup>. Aunque en la historia más remota ya existieran relaciones comerciales con el exterior, los sistemas regionales y locales autárquicos se mantuvieron en la economía de la madera y del bosque hasta bien entrada la época industrial. Su caída no es sólo económica, sino que se trata también de un proceso ecológico de difíciles consecuencias. El proceso de abolición de fronteras, concebido como un hecho problemático que exige nuevos mecanismos de corrección, podría convertirse en alguno de aquellos paradigmas que hicieran que la historia del medio ambiente se convirtiera en *histoire totale*.

8. *Un punto crítico: La relación con las ciencias naturales.* El desarrollo de la investigación del medio ambiente como una disciplina de relevancia política depende fundamentalmente de la coopera-

---

<sup>19</sup> RADKAU, JOACHIM: «Vom Wald zum Floß - Ein technisches System? Dynamic und Schwerfälligkeit der Flößerei in der Geschichte der Wald- und Holzwirtschaft», en KEWELOH, HANS WALTER (ed.): *Auf den Spuren der Flößer. Wirtschafts- und Sozialgeschichte eines Gewerbes*, Stuttgart, 1988, pp. 16-39.

ción de los científicos de la naturaleza y de las ciencias sociales, es decir, de la superación del abismo existente entre las dos culturas científicas. De esto se deduce que no tardará en llegar un llamamiento a la investigación medioambiental histórica para que colabore con las ciencias naturales. El tipo concreto de colaboración científica que en este ámbito tiene sentido y que se podría realizar en un futuro próximo **sigue**, **sin embargo**, sin poder definirse. Por lo que yo veo, aún no se ha podido conseguir descubrir, con métodos de las ciencias naturales, nada importante dentro de la historia del medio ambiente. Se han dado algunos casos en la temprana historia forestal: Los análisis del polen dieron como resultado que la influencia del ser humano en el bosque empezó mucho antes del período del primer cultivo en la alta Edad Media, así como **que**, por otro lado, el carácter de los bosques también se transformaba independientemente de la influencia humana. Pero allí donde existan fuentes escritas, son sobre todo éstas la base de la historia del medio ambiente; e incluso cuando se presenten resultados históricamente relevantes de la investigación científica del suelo, existirá un indicio para la sospecha de que los autores le han echado un vistazo a las fuentes escritas. A veces se habla de *la arqueología de los bosques*; pero hasta hoy en día -exceptuando informes puntuales- aún no está claro si realmente existe<sup>20</sup>.

Sin embargo, no sería bueno que el movimiento ecológico, a través de una crítica técnica, reafirmara nuevamente el abismo existente entre las ciencias sociales y las ciencias naturales. Los discursos ecológicos que no se interesan por las ciencias naturales, caen con relativa facilidad en una retórica llena de reproches. Las posibilidades de una conexión entre estos mundos científicos tan diferentes han mejorado considerablemente en los años ochenta. Los estudiantes que simultanean historia y biología ya no son los *rara avis* de antaño. Algunas ramas científicas como geografía histórica o antropología cultural que en sí ya tienen una conexión entre ciencias naturales y ciencias sociales, merecen una especial atención en el ámbito de la historia del medio ambiente. Sin embargo, tiene que desarrollarse un punto de encuentro entre las investigaciones históricas del medio ambiente y las disciplinas de las ciencias naturales, en un marco de realización de tareas concretas, ya que tendría poco sentido querer con-

---

<sup>20</sup> CARACCILO, ALBERTO: *L'ambiente come storia*, Bolonia, 1988, p. 62.

seguirlo independientemente de cualquier proyecto. Son muy necesarios aquellos profesionales que estén a caballo entre los dos ámbitos para acabar con el trabajo de los aficionados, ya que cuando se realizan incursiones a medias en las ciencias naturales, éstas no dejan de tener su peligro. El laico se inclina por caer en la trampa de la supuesta objetividad de las ciencias naturales, ya que no es capaz de sopesar hasta qué punto dichos resultados son realmente fidedignos o su validez depende de diferentes premisas y métodos. El dogmatismo que pronto se impone cuando se opera con la *naturaleza*, podría empeorar a través de una incursión torpe en las ciencias naturales; como si con los *sistemas ecológicos* de los biólogos y ecólogos obtuviéramos un criterio de valoración clarividente para las cuestiones humanas o como si no tuvieran que tratarse también normas ecológicas en los procesos sociales. Puede ocurrir que en esta dirección se encuentre uno de los más grandes problemas del futuro: que la política medioambiental – al igual que ocurriera hace tiempo con la política tecnológica – caiga en los dominios autoritarios de los expertos en ciencias naturales y, de esta forma, se excluyan procesos más democráticos. Sin embargo, uno no evita este peligro con el sólo hecho de no ocuparse de las ciencias naturales.

Algunos historiadores se inclinan por hablar, en el ámbito de la historia, solamente de *investigación medioambiental*, pero rehúsan utilizar el término *ecología* (ecología histórica, historia de la ecología) porque contiene una *reivindicación* de las ciencias naturales que es imposible de *aplicar*. Pero, sobre esto, aún no se ha dicho la última palabra. Cuando se pregunta, según lo planteado hasta ahora, lo primero que habría que hacer aquí y ahora, la respuesta es: en primer lugar, utilizar lo mejor posible las posibilidades de la ciencia histórica. La relación entre inversión y rendimiento debería ser, sobre todo, lo más beneficiosa posible. Hay una gran cantidad de fuentes que deben ser reelaboradas bajo aspectos ecológicos. Asimismo, el nivel crítico con respecto a las fuentes así como el análisis de los contextos en los postulados de la historia del medio ambiente que se han hecho hasta ahora deja mucho que desear. Un término de las ciencias naturales como *ecosistema* que está en camino de convertirse en un término cotidiano, debería utilizarse con mucho cuidado, según está el estado actual de la investigación histórica, ya que, de otra forma, sería engañoso porque presentaría una serie de asociaciones que en realidad no existen. ¿Qué ocurriría, por ejemplo, si a lo largo del

tiempo todas las formas de vida y de la economía humanas desde la edad de piedra hasta la época de Goethe se declararan un *sistema de energía solar*? ¿Qué contextos señala este concepto? ¿En qué investigaciones puede ser operativo y qué significa en realidad *sistema*? La ecología no tiene por qué actuar como una llave secreta de la historia, elaborada con la autorización de las ciencias naturales y que le permita dejar a un lado la investigación científica. La eficacia histórica de las cuestiones ecológicas está ligada a contextos de la historia social. Christian Pfister, conocido por sus estudios de la historia del clima y que ha dedicado una especial atención a la influencia de los cambios del clima en la historia de la agricultura, dijo públicamente que, en contra de su propia voluntad, se había convencido de que la historia de la sociedad había sido muchísimo más importante para el desarrollo agrícola, que el propio clima.

9. *Investigación histórica del medio ambiente y movimiento ecologista.* En el momento en que la historia del medio ambiente se encuentra con las viejas nostalgias de los historiadores, es entonces cuando el interés creciente a finales de los años setenta en la historia de las relaciones hombre-naturaleza vuelve, no a los desarrollos intracientíficos, sino a las corrientes ecológicas. Sobre cómo debe ser la postura del historiador del medio ambiente, en relación al origen actual de sus intereses, hay muchas opiniones. Algunos consideran que la historia del medio ambiente debe tener un compromiso práctico dentro de la política del medio ambiente; sólo de esa forma la historia le sería fiel a su origen y a sus intereses originales. Otros, por el contrario, creen que la investigación medioambiental histórica sólo podrá alcanzar un nivel de calidad científica en la medida en que se libere de los intereses políticos actuales. De lo contrario, permanecería presa de modas pasajeras y correría el peligro de manipular los conocimientos históricos dependiendo de las necesidades prácticas del momento. En ambas posiciones, hay algo de verdad y, en principio, no es fácil tomar partido por ninguna de las dos. Mi propia experiencia tiene dos caras. Comencé en 1973 con investigaciones sobre la historia de la técnica de la energía atómica sin tener ni idea del movimiento de protesta que, hasta entonces, no era muy conocido fuera de las fronteras locales. Cuando el conflicto atómico de 1975 fue más allá de la ocupación del lugar de construcción de Wyhl, creí que era una locura que había que rechazar. Sin embargo, esta postura cam-

bió con el tiempo. Al final, le agradecí a la controversia una serie de estímulos. Estos, no sólo afectaron a la acentuación actual de la historia reconstruida, sino que, gracias a esta controversia, hube de leer de nuevo muchas actas minuciosamente. *Reenriquecimiento, ciclos de los combustibles, el mayor accidente teóricamente posible*: sin este conflicto atómico, hoy yo no estaría en posición de analizar los contenidos de las actas de forma crítica 21.

Dejarse inspirar por la actualidad, sin hacer montañas de un grano de arena periodístico, requiere tiempo y experiencia. Quizá el historiador deba tener ya elaborados algunos cambios de los temas de moda para mantenerse un poco a distancia de la actualidad, y no tener con ésta una relación demasiado ingenua. Pero, sin lugar a dudas, las controversias actuales son una fuente incomparable de conocimientos, incluso para analizar el pasado; por lo menos, hasta un punto en que a uno le permita mantener la calma y la cabeza fría. Ya que, en cualquier otro ámbito, la historia se escribe sin experiencia viva de la actualidad y sufre la falta de la misma.

Sería de agradecer que la investigación histórica del medio ambiente se realizara pisándole los talones al presente. Si deja de escribirse desde antes de la Segunda Guerra Mundial o incluso antes, entonces, seguramente, se nos escapan las transformaciones más importantes que realizarán las relaciones hombre-naturaleza en toda la historia mundial hasta ahora. Además, es muy importante saber mucho más acerca de la historia del movimiento ecologista de los últimos decenios. De esta forma, la investigación histórica del medio ambiente reflexiona, al mismo tiempo, sobre su propia prehistoria y, con ello, sobre algunas categorías y formas de observación propias. Lo que sí está claro es que si el historiador del medio ambiente investiga las épocas más actuales, se encuentra con las controversias más actuales. A raíz de esto, ya no tiene sentido mantener una distancia excesiva con el movimiento ecologista. Hay algo que, de todas formas, me parece muy importante: como científico, uno no puede caer en el hecho de escribir sólo para una *escena*. Incluso cuando uno se inclina hacia una posición concreta dentro de la controversia, debería saber controlar su ambición de tal modo que, por decirlo de alguna forma,

---

21 RADKAU, JOACHIM: «Die Kemkrah-Kontroverse im Spiegel der Literatur. Phasen und Dimensionen einer neuen Aufklärung», en HERMANN, ARMIN, YSCHUMACHER, ROLF (eds.): *Das Ende des Atomzeitalter?*, Munich, 1987, pp. 307-334.

el texto fuera legible también para aquellos lectores inteligentes comprometidos con la posición contraria y al menos de tal forma que éstos se sientan correctamente comprendidos y no difamados.

Aquellos científicos que trabajan en ámbitos controvertidos deberían tener una cierta predisposición, en caso de necesidad, a colocarse entre las dos vertientes cuando tratan casos políticamente comprometidos. Una polarización de las posiciones trae generalmente consigo que los temas y argumentos importantes permanezcan entre dos frentes en tierra de nadie, porque ninguna de las partes puede utilizarlos como argumento convincente (por ejemplo, como es el caso de la cuestión de la seguridad inherente en el conflicto atómico). El científico debería, naturalmente con la seguridad necesaria, ir, de cuando en cuando, por esas tierras de nadie y explorarlas y observarlas para comprobar si hay algo de valor. Algo de lo que se encuentra en esos lugares podría servir para convertir un conflicto argumental en un discurso coherente.

Si uno no sólo se pregunta cómo o si, en realidad, la investigación histórica puede enriquecerse en algo del movimiento ecologista, sino que también se pregunta lo contrario, por ejemplo, en qué medida puede contribuir la historia a combatir los problemas ecológicos actuales, entonces podemos crear toda una serie de respuestas. En muchos casos, la investigación histórica puede ser de una utilidad práctica directa: siempre y cuando desentierre una alternativa que anteriormente era viable y que, al calor de las actuales controversias, se ha venido olvidando. Pero se puede decir realmente poco de esa utilidad general, ya que depende de las distintas oportunidades. Todavía no se sabe exactamente si, por ejemplo, tiene algún valor práctico tratar de rescatar del olvido, en la historia de la técnica nuclear, la antigua filosofía de la seguridad inherente<sup>22</sup>. Depende de si una amplia coalición de los autores retoma seriamente esta filosofía de la seguridad y de si es viable transformarla tecnológicamente de forma efectiva.

La historia puede tener un sentido orientado hacia una acción ecológica concreta solamente si refuerza el sentido de dependencia respecto de una situación contextual que poseen todas las políticas del

---

<sup>22</sup> RADKAU, JOACHIM: «Sicherheitsphilosophien in der Geschichte der bundesdeutschen Atoffwirtschaft», en GESSDIHARTER, WOLFGANG, y FRÖLICH, HELMUF (eds.): *Atomwirtschaft und innere Sicherheit*, Baden-Baden, 1989, p. 97.

medio ambiente y los peligros conectados con ellas. Puede que haya una política del medio ambiente *pura* dentro de las teorías politológicas. En la realidad, sin embargo, la política del medio ambiente está destinada a coalitarse con otros intereses. Sobre todo porque *la protección del medio ambiente* es, como tal, una meta demasiado poco concreta. Una parte del movimiento ecologista de la RFA creyó durante mucho tiempo haber encontrado un aliado poderoso en el socialismo, pero esta esperanza resultó no ser más que una ilusión. Desde hace un tiempo hasta ahora, existe una gran inseguridad porque no se sabe bien dónde están los aliados. Posiblemente en el futuro gane importancia una *ecología de derechs*<sup>23</sup>. La inclinación alemana hacia las cosmovisiones hace difícil comprender este tipo de situaciones' o incluso, discutir las de forma racional. Según estas perspectivas, lo que sí se le puede atribuir a los tratamientos históricos de un problema, por muy sencillos y limitados que a veces resulten, es el hecho de que representan un antídoto contra las guerras de las ideologías. Esto los diferencia de otras vías de orientación muchísimo más teóricas que más bien tienden a proporcionar armas a estas guerras ideológicas. La ciencia de la historia podría proporcionar el mejor servicio al movimiento ecologista en la medida en que, a su manera, contribuya a la creación y consolidación de una red de comunicación ecológica a nivel mundial y contrarreste aquellos procesos que lleven a que todo se divida en *escenas* o en iniciativas de un solo punto. La historia, muy a menudo, no tiene ninguna utilidad práctica directa, pero posee un alto valor para la construcción de una cultura comunicativa; una cultura con un estilo narrativo vivo; una cultura de las consideraciones no dogmáticas, de la tolerancia y de la autoironía. A menudo se trata únicamente de recuerdos fantasiosos que consiguen que la discusión se pierda en discursos estériles. Ahí es donde deberíamos destacar *una* ventaja de la historia que casi nunca se le reconoce. La ciencia de la historia es, hoy por hoy, la única disciplina científica en la que todavía se puede utilizar un alemán corriente sin tener que dejar el honor a un lado. En los años setenta, en los que se escribía *TEORJA* con mayúsculas, algunos historiadores consideraban vergonzosa la falta de esoterismo en su lenguaje, a la vez que se es-

---

<sup>23</sup> JAHN, THOMAS, y WEHLING, PETER: *Ökologie von rechts. Nationalismus und Umweltschutz bei der Neuen Rechten und den «Republikanern»*. Frankfurt|Nueva York, 1991.

forzaban por hacer que sus escritos fueran cada vez menos legibles para los laicos; no siento en absoluto que esos esfuerzos no hayan prosperado. Si la llamada al *discurso público* en la política del medio ambiente no ha de suponer oraciones limpias, entonces necesitamos una ética científica de la claridad y la sencillez, de la forma de expresión simple y transparente. El orgullo del científico moderno en nombre de la especialización, la profesionalización y el perfil se encamina desgraciadamente a presentar las cosas lo más complicadas posible, sobre todo, para justificar la imprescindible competencia de su propia experiencia. Pero bajo esas circunstancias no avanza el discurso público interdisciplinario. El primer mandamiento de una nueva ética científica debería ser: *no hagas las cosas innecesariamente complicadas*. Los problemas del medio ambiente ya son complicados de por sí.

#### Addenda al punto 9 tras diferentes congresos ecológicos interdisciplinarios

Quizá podamos añadir algo más en lo que se refiere a las posibilidades específicas de la ciencia histórica en la situación actual de la investigación y la política del medio ambiente. Como de costumbre, en los congresos se percibe una molesta desorientación acerca de lo que es en realidad hoy en día la Ecología; sobre qué normas puede apoyarse la política medioambiental y cómo se fundamentan estas normas científicamente. Podría ser que los historiadores, por el tipo de ciencia en el que investigan, estuvieran en situación de seguir pensando en varios puntos muertos de la discusión ecológica actual, donde está claro que las ciencias naturales y las ciencias sociales, tan sistemáticamente organizadas, han llegado a sus límites. A este respecto, los historiadores deberían, por cierto, tomar en consideración este dilema que en general se ha tratado de esconder, ya que de la investigación del medio ambiente dependen importes de miles de millones, así como identidades de grupo. Considero los siguientes tres puntos de gran interés:

1. Cuando en los años setenta las *iniciativas ecológicas* se convirtieron en grandes movimientos de masas y la *política ecológica* avanzaba hacia un ámbito político propio, esto ocurrió, principal-

mente, porque se pensaba que la protección del medio ambiente moderna poseía una sólida base científica en la investigación del ecosistema. Sin embargo, en realidad, lo que ocurrió fue que en aquella época empezó a dudarse seriamente del hecho que un ecosistema fuera estable o de que tuviera una categoría tal que lo hiciera investigable en sus interdependencias y supusiera además una base para las normas de actuación <sup>24</sup>. Se hizo cada vez más patente el carácter dinámico y no-prognosticable del ecosistema, cuyas fronteras sólo se podían trazar a capricho. Uno ya no podía imaginarse en serio una política ecológica como una ecología aplicada, sino que —en caso de entenderla como una política de orientación científica— habría que considerarla una forma de tratar las incertidumbres proporcionadas por la ecología o la biología. Visto así, una conciencia científica de la política ecológica y tecnológica debería, sobre todo, manifestarse con cautela y en base a experiencias sólidamente fundadas. El análisis de cuán sólida ha de ser la base experimental de una estrategia determinada sería una tarea histórica genuina si los historiadores las reconocen como tal <sup>25</sup>.

2. Muchos, debido a la retórica ecológica, han mostrado una profunda timidez al manifestar, e incluso sólo a considerar claramente el hecho de que todos los discursos sobre ecología, en última instancia, tratan de concepciones precisas de lo que ha de ser la salud y la suerte humanas. Estamos horrorizados por la muerte de los bosques, por el agujero de la capa de ozono, la contaminación del mar del Norte y del mar Báltico, porque ir de excursión por los bosques, bañarse en el mar y tomar el sol son componentes elementales de lo que significa para nosotros una vida sana y feliz. Lamentablemente *felicidad* y *salud* como categorías filosóficas y políticas orientativas han llegado a ser tan sospechosas que uno no se atreve a pronunciarlas claramente, sino que las oculta tras la palabra ecología. Una mirada al pasado podría, sin embargo, aclarar mucho de lo que el movimiento ecologista en realidad quiere. Los movimientos antiguos en

---

<sup>24</sup> Vid. TREPL, LUDWIG: *Geschichte der Ökologie*. Frankfurt, 1987. BOOB-BAVNBEK, BERNHELM: «Warum ein Wissenschaftler den Alltagsverstand hofiert», en *Frankfurter Rundschau*, núm. 29(2), 1992, p. 12.

<sup>25</sup> RADKAU, JOACHIM: *Aufstieg und Krise der deutschen Atomwirtschaft, 1945-1975. Verdrängte Alternativen in der Kerntechnik und der Ursprung der nuklearen Kontroverse*, Reinbek, 1983, pp. 15, 471 Yss.

pro de la higiene, la naturaleza y la protección de la agricultura, representan la verdadera prehistoria real del movimiento ecologista moderno y no se pueden rechazar como meros callejones sin salida o ideologías pseudoecológicas. También forma parte de esto el esfuerzo surgido de la economía forestal a favor de que se tratara con tenacidad y eficacia el tema de las reservas naturales. De los problemas y dificultades que surgieron de estos primeros movimientos, podemos aprender para posibles trampas futuras de la política ecológica. Hemos de concebir la política medioambiental como lo que realmente es: una almagama histórica de movimientos heterogéneos pero que, en todo caso, han girado en torno a los intereses humanos. Un enfoque ahistórico-sistemático acerca del movimiento ecológico actual, que se realizara con el orgullo de definirlo a partir de una sola teoría nos conduciría necesariamente al error.

3. Teniendo en cuenta todo lo anterior, solamente un pensamiento, condicionado por el momento y el lugar, puede aclarar de qué trata realmente un movimiento ecologista y de cómo acercarse a sus fines de forma razonable. En el fondo, se trata de una simpleza; sin embargo, todos aquellos ámbitos científicos en los que sólo se pueda hacer carrera con abstracciones maximalistas no podrían hacer nada con estos planteamientos por oponerse profundamente a expresarlos claramente. El *pathos* del pensamiento global oculta con ello una forma de discurrir vacía e irrelevante para la práctica. Si una política ecológica efectiva se ve limitada a nivel nacional, regional o local, entonces debemos aceptar el tener que pensar a esos niveles. Si los propósitos y normas de un movimiento ecologista no parten de una ecología universal, que va más allá de un lugar y un momento determinados, sino que parten de estructuras que han ido tomando cuerpo a lo largo de la historia, y cuando también las redes sociales con las que determinados fines ecológicos tienen que enfrentarse, están condicionadas por un momento y un lugar determinados, entonces lo único consecuente es que el pensamiento político ecológico se oriente a través de la historia\*.

---

\* Traducción de Catalina Jiménez Hurtado.